

Pozuelo, 8 de noviembre de 2003

Queridos amigos:

“Erase una vez un objeto raro ...” ¿Recuerdas Cloti? Han pasado 23 años. A ratos gozosos, duros otras veces, pero fecundos. Entre esas alegrías y esas penas han nacido y crecido nuestros hijos, que ahora comienzan ya a hacer e inventar sus vidas por sí mismos.

Era un tipo retraído, callado, incluso huraño a veces y con cara de pocos amigos. Ansiaba encerrarse consigo mismo y con sus libros, porque tenía la sensación estresante de que el tiempo siempre corría más que sus afanes, y él no daba a la caza alcance. Había aprendido a trabajar más que a vivir. Le gustaba la soledad; la necesitaba incluso. Pretendía hacer del conocimiento el afecto más fuerte. Pensaba que las cosas más importantes se dicen con pocas palabras, incluso sólo con gestos y sobre todo con obras. Es verdad que en su fondo había algo entrañable y nada apreciaba más que compartirlo; pero con su torpeza lo protegía tanto que lo hacía casi invisible e inaccesible. Quizá por eso siempre soñó con tener una casa en la que poder encender el fuego, con calor de lumbre; y con un banco de carpintero y un huerto. Hasta le gustaba cavar en el jardín hoyos grandes, en los que parecía sepultarse, que bien podían ser tumbas, pero eran lechos, cunas para plantar árboles con raíces profundas y frondosos. Porque era vida y no muerte lo que quería.

En un tipo así, también la enfermedad resultó rara. Nódulos en las piernas, inflamación y fuertes dolores en los pies. Diagnóstico probable: ‘eritema nodoso’, de origen idiopático, que tiene raíz común con idiota. Hasta que la causa agazapada dio la cara. ‘Tumor maligno’ dijeron los médicos amigos. Y él, que de tumores no sabe nada, entendió bien lo de maligno, porque se le iban las fuerzas a una velocidad de vértigo y la vida se le volvía tan frágil y tan débil como un hilo. También porque hasta ahora había gozado de buena salud y disfrutaba diciéndose: “nadie sabe lo que puede un cuerpo”. Es verdad que alguna vez había traducido por su cuenta: ¡‘cuanto y qué poco puede un cuerpo’!; pero sólo ahora experimentaba en propia carne que el cuerpo puede volverse contra sí mismo y autodestruirse, que su maravilloso orden y la fiesta de la vida y todo el deseo de persistir y explayarse y ser dichosos, pueden quebrarse por la secreción alocada de un oscuro tumor, de un cáncer voraz. Otra vez la experiencia trágica: la vida te dará muerte.

Fue justamente entonces, cuando el dolor se hizo amargo y su vida estaba en peligro, cuando se hicieron presentes los amigos que él no era consciente que tenía; y en tal cantidad y con tanta generosidad que, a la vez que el descubrimiento le emocionaba y abrumaba, le daba ánimos y le devolvía la vida. Precisamente en el momento en que su cuerpo fallaba, el buen saber y hacer médico y el afecto de los amigos cambiaron su destino fatal. Sé bien, Cloti, que muchos eran compañeros y amigos tuyos, pero se portaron conmigo como lo harían contigo. Incluso he podido entrever cómo tus amigos y los míos, ahora más comunes, te cuidaban en los momentos de angustia para que no te

hundieras; y lo hacían con la discreción conveniente para que yo no me preocupara. Esas cosas no se olvidan.

Ahora sé que aunque mi vida hubiera acabado allí, no habría sido una pasión del todo inútil. Y sobre todo sé que si tengo esta prórroga de la que disfruto es gracias a vosotros. Quizás nos hemos vuelto demasiado fiscalistas como para acabarnos de creer lo que pueden el ánimo y los afectos. Es tan real como que yo no estaría aquí sin los vuestros. Como sobreviviente tengo que dar testimonio de ello y deciros a cada uno que tenéis una parte importante en la vida que me reste, porque la habéis sostenido y reanimado. Es vuestra. Me la habéis regalado. Sólo puedo corresponderos con el reconocimiento y la gratitud más hondos. ¡Esa vida quiere y requiere ahora que lo celebremos juntos!

Os sigo necesitando para aprender a vivir; para que mi vida, corta o larga, sea un poco menos torpe y mucho más compartida. Os necesito para cultivar la alegría y para devolveros algo de vuestro don, porque la dicha sólo crece si se comparte. ¡Que nuestros cuerpos no fallen pronto, y que la red de afectos, el animo, nos sostenga siempre!. Contad con el mío, con el de Cloti y con el de nuestros hijos Pablo, Guillermo y Cloe.

En todo caso, os seguiré necesitando a cada uno para no morir del todo.

Por eso y por todo ¡gracias! ¡Muchas gracias!.

Eugenio Fernández

Pozuelo, 24 de diciembre de 2003

Queridos hermanos:

“Érase una vez un objeto raro ...” ¿Recuerdas Cloti? Han pasado 23 años. A ratos gozosos, duros otras veces, pero fecundos. Entre esas alegrías y esas penas han nacido y crecido nuestros hijos, que ahora comienzan ya a hacer e inventar sus vidas por sí mismos.

Era un tipo retraído, callado, incluso huraño a veces y con cara de pocos amigos. Ansiaba encerrarse consigo mismo y con sus libros, porque tenía la sensación estresante de que el tiempo siempre corría más que sus afanes, y él no daba a la caza alcance. Había aprendido a trabajar más que a vivir. Le gustaba la soledad; la necesitaba incluso. Pretendía hacer del conocimiento el afecto más fuerte. Pensaba que las cosas más importantes se dicen con pocas palabras, incluso sólo con gestos y sobre todo con obras. Es verdad que en su fondo había algo entrañable y nada apreciaba más que compartirlo; pero con su torpeza lo protegía tanto que lo hacía casi invisible e inaccesible. Quizá por eso siempre soñó con tener una casa en la que poder encender el fuego, con calor de lumbre; y con un banco de carpintero y un huerto. Hasta le gustaba cavar en el jardín hoyos grandes, en los que parecía sepultarse, que bien podían ser tumbas, pero eran lechos, cunas para plantar árboles con raíces profundas y frondosos. Porque era vida y no muerte lo que quería.

En un tipo así, también la enfermedad resultó rara. Nódulos en las piernas, inflamación y fuertes dolores en los pies. Diagnóstico probable: ‘eritema nodoso’, de origen idiopático, que tiene raíz común con idiota. Hasta que la causa agazapada dio la cara. ‘Tumor maligno’ dijeron los médicos amigos. Y él, que de tumores no sabe nada, entendió bien lo de maligno, porque se le iban las fuerzas a una velocidad de vértigo y la vida se le volvía tan frágil y tan débil como un hilo. También porque hasta ahora había gozado de buena salud y disfrutaba diciéndose: “nadie sabe lo que puede un cuerpo”. Es verdad que alguna vez había traducido por su cuenta: ¡‘cuanto y qué poco puede un cuerpo’!; pero sólo ahora experimentaba en propia carne que el cuerpo puede volverse contra sí mismo y autodestruirse, que su maravilloso orden y la fiesta de la vida y todo el deseo de persistir y explayarse y ser dichosos, pueden quebrarse por la secreción alocada de un oscuro tumor, de un cáncer voraz. Otra vez la experiencia trágica: la vida te dará muerte.

Fue justamente entonces, cuando el dolor se hizo amargo y su vida corría peligro, cuando empezaron a venir sus hermanos, escalonadamente y repetidas veces como si no hubiera distancia; con calma, aunque tuvieran prisa. Sencillamente para estar al lado, para sostener y cuidar, para hacer sentir la fuerza de los lazos de la sangre y el cariño. Aquellos gestos y palabras me hicieron sentirme de nuevo vivo entre los vivos, parte de una fraternidad de nacimiento, entrañable e incondicional, más fuerte que la muerte. Así, sobrevivir es renacer.

También estuvieron al lado otros familiares y muchos amigos, con tanta generosidad que, a la vez que su presencia me emocionaba y abrumaba, me daba ánimos y me devolvía la vida. Precisamente en el momento en que mi cuerpo fallaba, el buen

saber y hacer médico y el afecto de la familia y los amigos cambiaron un destino fatal. Sé bien, Cloti, que muchos son familia y amigos tuyos, pero se portaron conmigo como lo harían contigo. Incluso he podido entrever cómo tus amigos y los míos, ahora más comunes, te cuidaban en los momentos de angustia para que no te hundieras; y lo hacían con la discreción conveniente para que yo no me preocupara. Esas cosas no se olvidan.

Ahora sé que aunque mi vida hubiera acabado allí, no habría sido una pasión del todo inútil. Y sobre todo sé que si tengo esta prórroga de la que disfruto es gracias a vosotros. Quizás nos hemos vuelto demasiado fiscalistas como para acabarnos de creer lo que pueden el ánimo y los afectos. Es tan real como que yo no estaría aquí sin los vuestros. Como sobreviviente tengo que dar testimonio de ello y deciros a cada uno que tenéis una parte importante en la vida que me reste, porque la habéis sostenido y reanimado. Es vuestra. Me la habéis regalado. Sólo puedo corresponderos con el reconocimiento y la gratitud más hondos. ¡Esa vida quiere y requiere ahora que lo celebremos juntos!

Os sigo necesitando para aprender a vivir; para que mi vida, corta o larga, sea un poco menos torpe y mucho más compartida. Os necesito para cultivar la alegría y para devolveros algo de vuestro don, porque la dicha sólo crece si se comparte. ¡Que nuestros cuerpos no fallen pronto, y que la red de afectos, el ánimo, nos sostenga siempre!. Contad con el mío, con el de Cloti, Pablo, Guillermo y Cloe. Y cuando yo falte, cuidad de ellos como lo hacéis conmigo.

En todo caso, os seguiré necesitando a cada uno para no perder los lazos del hogar, el afecto y la memoria, para no morir del todo.

Por eso y por todo ¡gracias! ¡Muchas gracias!.

Eugenio Fernández

